Mi encuentro con Américo Castro

Pedro LAÍN ENTRALGO

No soy historiador de nuestra literatura, ni docto en nuestra lengua, ni experto en nuestra historia general. Respecto de la obra de Américo Castro, soy tan sólo un español que en cierto trance de su vida ha sentido la íntima necesidad de entenderse a sí mismo, precisamente en tanto que español. Voy a decirles cómo sucedió esto y cómo la obra de Américo Castro me ayudó a satisfacer esa necesidad.

En los primeros meses de 1936 me desazonaba, como a tantos españoles, la vida política de mi país, y asistía con inevitable inquietud a los varios sucesos en que su creciente tensión interna se manifestaba; pero ni remotamente podía imaginar el terrible drama de nuestra sociedad y nuestra historia que muy pronto iba a comenzar. Es verdad que habían sonado entre nosotros voces de alarma, entre ellas la del propio Américo Castro. Tengo sin embargo por cierto que si en junio de ese año se hubiese interrogado a los españoles más zahoríes y mejor informados acerca de la posibilidad de una guerra civil entre dos mitades de España —no hablo de un simple golpe de Estado, triunfante o fallido—, la respuesta habría sido unánimemente negativa. Cuando la Universidad española había llegado a ser lo que desde hacía varios lustros venía siendo, cuando la influencia social de periódicos como *El Sol*, por el lado liberal, y *El Debate*, por el lado católico, era tan considerable, cuando en la formación intelectual y ética de los españoles cultos tanto parecían pesar *Revista de Occidente* y las dos residencias de estudiantes, cuando los torpes y lamentables sucesos revolucionarios de 1934 tan claramente habían mostrado a todos cuáles serían las consecuencias inmediatas de una insurrección armada, ¿quién podía admitir que los campos y las ciudades de España fuesen escenario de una contienda más grave y cruenta que las guerras civiles del siglo XIX? ¿Acaso no vivíamos en el siglo XX y en Europa? Y, no

obstante, muy pronto íbamos a ver y a sufrir que España se desgarraba, que las dos mitades de ella se disponían una vez más a dar razón al epitafio de Larra y que la mitad triunfante, en lugar de procurar la concordia de todos los españoles de buena voluntad, se obstinaba en perpetuar bajo nuevas formas el torpe y cruel maniqueísmo de la guerra civil.

En medio de aquel drama, y a lo largo de sucesos y actitudes que movieron mi corazón, han movido mi pluma y nunca dejarán de mover mi recuerdo, pronto sentí la íntima necesidad de que acabo de hablar. ¿Qué estaba ocurriendo en mi país por debajo de la sangre y la saña, e incluso dentro de una y otra? ¿Cómo debía ver yo lo que de España, tanto en el tiempo como en la formación, me era más próximo? ¿Cómo se me ofrecía el futuro inmediato de la cultura española, y qué podía proponer, en relación con él, a los hombres de mi edad? Del sentir subyacente a estas preguntas nació la ingenua y osada serie de artículos que bajo el título de «Tres generaciones y su destino» publiqué en Pamplona, durante la primavera de 1937.

Ingenuas y osadas, en efecto, fueron aquellas prosas. Yo era entonces un mozo con algunas lecturas, que ocupado en la faena de conciliar aceptablemente su profesión y su vocación no había vivido de manera consciente y explícita eso que él mismo había de llamar «España como problema». Por lo demás, tal era la situación anímica de todos los jóvenes subsiguientes a la generación de Ortega. Apoyados en lo que intelectual y socialmente habían hecho por España esa generación y las dos que la precedieron, confiados, por tanto, en que nuestra deficiente vida histórica había entrado por fin en el camino de su definitiva normalización europea, ninguno había sentido en su alma lo que en la suya sentía el joven Ortega —con él, cada uno a su modo, tantos de los mejores españoles de su tiempo— ante la realidad social que sus ojos veían. Ninguno pensaba ya que «es cuestión de honradez que siempre que se pongan en contacto unos cuantos españoles, comiencen por aguzarse mutuamente la amargura». Tácitamente sustentados por la confianza de que acabo de hablar, los españoles que entre 1925 y 1940 cumplieron sus treinta abriles —literatos, filósofos, médicos y juristas, hombres de ciencia— empleaban sus vidas en adquirir una rigurosa formación a la altura de aquella Europa, en dar comienzo a su obra personal y en estrechar amistosa y lúdicamente sus nacientes lazos generacionales. Un opúsculo mío, *La guerra civil y las generaciones españolas*, expone cómo el atroz estallido de 1936 sorprendió a las cuatro que entonces formaban el entramado de nuestra sociedad —la del 98, la del 14, la del 27, la que en 1936 apuntaba—, y cómo en alguna medida se tipificó generacionalmente su reacción ante ella.

La guerra, en cualquier caso, estaba ahí. ¿Cómo debía ser históricamente entendida, cuando hasta su comienzo mismo nadie la había

considerado posible? ¿Qué sentido podía tener su resultado para los que en España queríamos seguir viviendo, y muy especialmente para quienes, como yo, en el trabajo intelectual tenían su vocación y habían de tener su vida? La ingenua, osada y revisable serie de mis artículos «Tres generaciones y su destino» quedó truncada. Mi escasa formación y —sobre todo— la cada vez más clara discrepancia entre lo que yo deseaba y lo que yo veía, me movieron a interrumpirla. Pero la comezón que le había dado origen perduraba en mí; y apenas conclusa la guerra civil, ya con más tiempo y más lecturas, me propuse la confección de una nueva serie, ahora no de artículos, sino de libros, que bajo el epígrafe común *Sobre la cultura española,* e iniciados por una revisión personal de la famosa polémica acerca de nuestra ciencia, habían de conducirme a la exposición de un proyecto asuntivo y renovador para la actualización y la eficacia de nuestra cultura. *Sobre la cultura española* (1943), *Menéndez y Pelayo* (1944), *Las generaciones en la historia* (1945) y *La generación del 98* (1945) dieron sucesiva expresión a mi empeño. Sucesiva, sí, pero incompleta, porque en 1945 de nuevo hube de interrumpir el cumplimiento de mi propósito. Dos razones me movieron: una vocacional, mi deber de entregarme preferentemente a las exigencias de mi oficio universitario, y otra situacional, el hecho de que la discrepancia entre lo por mí visto, la torpe política cultural de aquella España, y lo por mí deseado, el logro de una cultura española capaz de continuar vigorosa y originalmente su brillante tradición inmediata, era definitivamente insalvable. Todo quedó en las cuatro conferencias que sobre el tema pronuncié en diversas tribunas de América del Sur, reunidas poco después (1948) en el librito *España como problema.* Modesta, pero muy sinceramente, también yo sentí entonces en mi alma la emoción platónica que Ortega hizo suya en el prólogo a la primera edición de sus *Obras*: «Empieza nueva tarea. ¡A la mar otra vez, navecilla! ¡Comienza lo que Platón llama la segunda navegación! ».

1948: El año en que me encontré con el «segundo Castro», el Castro ulterior a la publicación de *El pensamiento de Cervantes* y a la experiencia de la guerra civil. Fue a través de su libro *España en su historia,* que vi por vez primera, recién aparecido, en el escaparate de la librería bonaerense «El Ateneo»; encuentro poco después repetido con la lectura del folleto «El enfoque histórico y la no hispanidad de los visigodos» (*Nueva Revista de Filología Hispánica,* 1949), que él tuvo la amabilidad de enviarme.

Mi reacción ante esta segunda y definitiva etapa de la obra de Américo Castro —al que tan sinceramente admiraba yo, como tantos otros, desde que leí *El pensamiento de Cervantes*— fue ambigua, porque la admiración, la duda y la reticencia se mezclaban en ella. ¿Cómo no admirar la brillantez, la sorprendente novedad y la capacidad de con-

vicción o de sugestión de los vigorosos argumentos con que don Américo exponía en sus tesis? ¿Cómo no advertir que su concepción de nuestra historia iluminaba de manera inédita lo que en ésta era entonces y sigue siendo para mí lo más doloroso y perturbador? Pero, por otra parte, ¿cómo romper tan definitivamente con los esquemas que me habían servido para resolver, siquiera fuese de modo provisional, el problema ante el que yo me encontraba: enlazar más o menos armoniosamente lo que me parecía valioso o estimable en las dos concepciones de la historia de España hasta entonces vigentes, la liberal y la católica, y aplicar el resultado a la intelección de mi presente, una España hondamente marcada por la más atroz de las guerras civiles, y a la proyección de un futuro social, intelectual y estéticamente satisfactorio?

Resultado inmediato de esa inicial actitud ante la innovadora obra de Castro fue el ensayo: «Sobre el ser de España», que publiqué en 1950 y fue luego recogido en la edición definitiva de *España como problema* (1956). Decía una de mis conclusiones: «La obra de Castro es desde ahora rigurosamente fundamental para una intelección profunda de la existencia histórica de España; no pocas de las más íntimas fibras de la vida española han sido descubiertas y esclarecidas con nueva luz. Su lectura es para el español motivo de muy entrañada remoción: positiva una veces, contradictoria otras y, en último extremo, siempre edificante». Movido por esta honda convicción, opuse algunas dificultades menores a la deslumbradora descripción castriana de la vividura hispánica —por ejemplo: la amplia penetración de los términos «sustancia» y «esencia», ontológicos y no axiológicos, en nuestro lenguaje popular—, indiqué la posibilidad de una coexistencia no conflictiva entre la vividura hispánica tradicional y otras, nada infrecuentes desde hace un siglo entre los españoles cultos —baste pensar en la íntegra realidad personal de Giner de los Ríos, de Cajal, de los hombres que componen la generación de 1914, entre ellos el propio Castro— y propuse la tarea, todavía incumplida hoy, de componer una historia total de España en la cual la hermenéutica castriana, completada en aquello que fuese necesario, se extendiese a todos los modos de realizarse la vida humana, desde el religioso hasta el socioeconómico.

Mi ensayo complació a don Américo, mas no sin fuertes reparos. Una amplia carta suya me los hizo conocer. Entre ellos, el tocante al sesgo más axiológico que ontológico que los términos «sustancia» y «esencia» poseen en nuestro idioma —«sustancia de gallina», «caldo sustancioso», «hombre insustancial», «hombre esencial», elogio éste de tanta prestancia histórica y literaria en nuestra estimativa— y el relativo al tópico realismo español, ese «realismo de los hechos tomados en crudo» de que habló Unamuno. De ello nació una amistad que había

de continuar hasta su muerte, afianzada cuando regresó a España, tanto por el mutuo trato, como por la publicación del volumen colectivo *Estudios sobre la obra de Américo Castro* (1971), promovido y dirigido por mí, y de mi librito *A qué llamamos España* (1971), en el cual trato de ampliar hasta nuestro siglo la concepción castriana de nuestra historia.

Mas no quedaría completa esta sumaria descripción autobiográfica de mi encuentro con Américo Castro si no volviese a una de mis interrogaciones precedentes: ¿cómo no advertir que la concepción castriana de la historia de España ilumina de manera inédita lo que en ésta era y sigue siendo para mí lo más doloroso y perturbador? Porque, para mí, lo más doloroso y perturbador de nuestra historia se halla constituido por una nota positiva y otra negativa: la frecuente apelación a la guerra civil como recurso para resolver el problema de la convivencia política y religiosa y la exigüidad de nuestra contribución a la filosofía y a la ciencia modernas. Pues bien: ante la íntima necesidad de entender y corregir ese exceso y este defecto, sólo en la historiología y la historiografía castriana he encontrado respuesta satisfactoria; tanto porque una y otra permiten dar razón histórica de lo que antaño fue nuestro país, como porque ofrecen el mejor camino para que España sea lo que hogaño debe ser.

Pocos han valorado tan altamente como Castro nuestra contribución a la cultura europea. «Ha habido y habrá —escribía en 1948— momentos en que Europa ha tenido [y tenga] que nutrirse de la savia hispánica... La historia de Europa no se entendería sin la presencia de España, que no ha descubierto teoremas matemáticos ni principios físicos, pero *ha sido* algo de que Europa no ha podido prescindir... El que no tenga cotización en el mercado del conocimiento físico, no significa que la serie Fernando de Rojas (*La Celestina*), Hernán Cortés, Cervantes, Velázquez y Goya, no signifique en el mundo de la axiología, de los valores máximos del hombre, nada de menor volumen que Leonardo, Copérnico, Descartes, Newton y Kant.» Pero la creciente importancia social e intelectual de la ciencia en el mundo moderno nos impide exhibir esa indudable grandeza nuestra sin un secreto malestar, e ineludiblemente nos mueve a la interrogación siguiente: ¿por qué cuando en nuestra patria nacieron y crecieron esos y otros titanes de las letras, las artes plásticas, la religiosidad y la acción colonizadora no surgieron, junto a ellos, hombres de ciencia y filósofos equiparables a Copérnico, Vesalio, Harvey, Fermat, Kepler, Galileo, Descartes, Newton y Leibniz?

Directamente apoyada en el pensamiento castriano, mi respuesta comprende dos asertos, punto menos que perogrullescos: 1.° Constituido durante nuestra Edad Media e intensificado por la triple empresa que tras la conquista de Granada nos embargó a los españoles

—el nunca satisfactorio acabamiento de nuestra unidad política, la conquista y colonización de América y la concepción de la Contrarreforma como guerra total—, el sistema de creencias, prestigios e intereses dominantes en la sociedad española concede al saber científico un lugar muy secundario; por lo cual siempre ha sido sobremanera escaso el número de los españoles realmente vocados a la tarea de hacer ciencia. Para el español tradicional, el mundo ha sido antes escenario de hazañas personales que objeto de conocimiento científico y dominio técnico. Y si alguien, como el cristiano nuevo fray Luis de León, quiere conocer el cosmos, el conocimiento a que aspira —«¡Cuándo será que pueda, / libre de esta prisión, volar al cielo, / Felipe, y en la rueda / que huye más del suelo, / contemplar la verdad pura y sin duelo!»— no será experimental y científico, sino escatológico y platónico. 2.° La férrea clausura de nuestra sociedad tradicional en la defensa interior y exterior de ese sistema de creencias, prestigios e intereses hará que sea escasa, y en consecuencia poco operante, la osadía intelectual de los no muchos españoles vocados a la ciencia. Instalada en lo que juzga «seguro», nuestra sociedad tradicional ha rechazado una y otra vez lo que considera «peligroso», y una y otra vez ha cohibido la osadía que tan ineludiblemente exige el empeño de hacer ciencia.

Dos situaciones históricas verdaderamente prometedoras ha conocido en nuestra historia el cultivo de la ciencia: la segunda mitad del siglo XVIII y los cincuenta años que transcurren entre 1885 y 1935.

Bajo Fernando VI y Carlos III, e incluso hasta la prisión de Jovellanos, todo hace esperar que la ciencia española logre nivel europeo. La botánica, la cosmografía y la química que se hacen en España contribuyen originalmente a lo que entonces están haciendo los botánicos, los cosmógrafos y los químicos de la Europa dieciochesca. ¿Lo hacen los nuestros, sin embargo, con la suficiente osadía intelectual?

En el prólogo a sus excelentes *Observaciones astronómicas y físicas* (1748), Jorge Juan se confiesa copernicano, por lo cual su libro tiene dificultades con la Inquisición. Sólo un informe del jesuita P. Burriel, en el que hace ver que Jorge Juan considera al heliocentrismo «sólo como una hipótesis», no como una verdad de hecho, salva al libro de la prohibición. Más explícito y sincero será Jorge Juan en un prefacio a la segunda edición de ese libro suyo, significativamente titulado *Estado de la astronomía en Europa y juicio de los fundamentos sobre los que se erigen los sistemas del mundo, para que sirva de guía al método en que debe recibirlos la Nación sin riesgo de su opinión y su religiosidad.* Las expresiones del copernicano y newtoniano Jorge Juan son ahora vehementes y amargas: «Hasta los mismos que sentenciaron a Galileo se sienten hoy arrepentidos de haberlo hecho, y nada lo acredita tanto como la conducta de la misma Italia... ¿Será

decente con esto obligar a nuestra Nación a que, después de explicar los sistemas de la filosofía newtoniana, haya que añadir:... pero no se crea que esto es en contra de las Sagradas Letras?... ¿Dejará de hacerse risible una Nación que tanta ceguedad mantiene?» Es evidente que la sociedad española cohibía la osadía intelectual —bien módica, por lo demás— de nuestro sabio y noble compatriota.

El déficit de osadía intelectual puede también expresarse como falta de ambición para actuar en la punta de vanguardia de la investigación científica. Hasta la generación de Cajal y las subsiguientes, ¿no han sido el retraso y la negligencia en la documentación dos de los principales defectos de nuestros hombres de ciencia? La obra taxonómica de nuestros botánicos deciochescos cuenta, sin duda, en la historia universal de la botánica. Pero, ¿por qué los temas que entonces constituían la punta de vanguardia de la investigación botánica —sexualidad y desarrollo embrionario de las plantas, circulación de la savia, cambios gaseosos en la fisiología vegetal— poco o nada fueron cultivados entre nosotros? Esa deficiencia, ¿no delata acaso la poquedad de la ambición científica, y por consiguiente la escasa osadía intelectual de nuestros botánicos? A la misma conclusión llegaríamos, ya en la víspera de nuestro tiempo, estudiando la pintoresca y penosa historia de la penetración del darwinismo en España. El grito en que Kant veía el nervio de la Ilustración, *sapere aude!*, «¡atrévete a saber!», sólo muy escasamente y sólo con un sordo temor en el alma fue oído entonces por la sociedad española.

Tanto más notorio es este hecho, cuanto que en otros órdenes de la actividad humana —bastará recordar la lucha contra el Islam, la aventura de los almogávares, la conquista de América, Flandes, la guerra de la Independencia, las guerras civiles y los pronunciamientos del siglo XIX— ha sido eminente el arrojo de las gentes de España. «¿Qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen?», escribe con ingenua jactancia Bernal Díaz del Castillo, ponderando las hazañas de Cortés y los suyos. Toda la España tradicional haría suyas esas palabras. No: osadía bélica no nos ha faltado a los españoles; pero sí, hasta Cajal, Unamuno y Ortega, osadía intelectual. Es cierto que el propio Bernal Díaz del Castillo, como para desmentir a los que luego hablarán de nuestro misoneísmo, dice en otra página que «los españoles todo lo trascendemos e queremos saber». Con curiosidad inmediata y empírica, tal vez, y no siempre; con el denuedo intelectivo e interpretativo que la verdadera osadía intelectual debe llevar consigo, pocas veces.

Nuestra deplorable tendencia a convertir la guerra civil en recurso para zanjar el problema de la convivencia religiosa y política, ¿tendrá alguna relación psicológica e histórica con este déficit de osadía inte-

lectual? Pienso que sí, y creo que también la hermenéutica castriana puede ayudarnos a comprenderlo.

Quiero ser bien entendido. En modo alguno desconozco que guerras civiles las ha habido en casi todo el planeta: la Rochela, la Fronda, la Vendée y la *Commune*, en Francia; la de los parlamentarios de Cromwell contra Carlos I y los suyos, en Inglaterra; la guerra de los Treinta Años, en Alemania; la guerra de la Secesión, en los Estados Unidos. La lucha contra el hermano, nervio de todas las guerras, en todas partes se ha hecho alguna vez lucha contra el convecino. Triste y evidente cosa, que me apresuro a reconocer. Lo que yo quiero afirmar ahora es que la reiteración de las guerras civiles y, en consecuencia, la no resolución o la solución en falso del conflicto interno que toda guerra civil manifiesta, es un desgraciado y frecuente hecho de nuestra historia; y que, por añadidura, muchas de nuestras contiendas civiles han sido en alguna medida guerras de religión.

¿Por qué? ¿Qué es lo que en la estructura de nuestra vida histórica ha determinado esta nefasta conversión de la guerra civil en hábito social y en pleito religioso? La sobra de osadía bélica que la entrega a la guera civil delata, ¿no llevará dentro de sí, enmascarada por ella, una deficiencia de osadía civil, a la postre ética e intelectual? Así lo pienso. Porque la deliberada o indeliberada renuncia a la guerra civil, la resuelta voluntad habitual de aceptar la libertad de quien no es como uno, presupone dos cosas: una búsqueda sincera de la razón que el otro pueda tener y la sincera consideración de la manquedad y el error propios; faenas ambas que —sobre todo, cuando deben ir seguidas de pública expresión— sólo a favor de una firme y serena valentía pueden ser cumplidas. «Es más fácil morir por una idea, y aun añadiría que menos heroico —escribió valientemente Marañón—, que tratar de comprender las ideas de los demás». En mil ocasiones hemos demostrado los españoles la verdad de esta sentencia. Entre nosotros, en efecto, ha solido ser más fácil «morir por» que «vivir para». «Donde pueden tener honra de muerte, / nunca quieren tener más larga vida», dijo de los españoles el tajante Quevedo; honra de muerte que tantas veces ha consistido, y aquí de la sentencia de Marañón, en una jactanciosa adscripción al imperativo social del «no enmendalla». Vengamos a lo más próximo: ¿por qué en 1936 no se resolvió con un pacto razonable y trató de resolverse con una horrenda guerra civil la división política y religiosa de los españoles?

Bajo formas que, naturalmente, hoy se apartan no poco de las que adoptó en los siglos XVI y XVII, el integralismo de la persona descrito por Castro, tan proclive a deslizarse sincera o tácticamente hacia el maniqueísmo, puede ser, según los casos, valeroso o cobarde: valeroso, cuando se realiza según la regla del «Aquí estoy yo»; cobarde, cuando la conducta personal o colectiva exige un público examen de

conciencia. Basta observar la conducta de la derecha tradicional española ante el hecho de nuestra Inquisición o ante los execrables sucesos no bélicos de nuestra última guerra civil —con los eventos bélicos, qué fácil es la arrogancia—, para percibir ese déficit de osadía ética e intelectual de que vengo hablando. La vividura del cristiano viejo, tan gallarda y coruscante en otras ocasiones, muestra así su oscuro y deprimente reverso.

La fuerte tendencia, maniquea en su entraña, a convertir en uniformidad compacta la sólo relativa y siempre múltiple unidad de las cosas humanas, el integralismo de la persona y su vehemente trasposición a la existencia de la persona en la sociedad, la visión del mundo en torno más como escenario de la vida personal que como objeto de conocimiento científico y dominio técnico, el modo español de concebir la Inquisición y la limpieza de sangre, el menosprecio de las artes mecánicas, el recelo religioso ante lo que alterase o pareciese alterar ese poderoso sistema de ideas y creencias, rasgos principales del vivir hispánico durante los años más eminentes de nuestra historia, han sido magistralmente descritos y sagazmente entendidos por Américo Castro. Entendidos en su realidad, en tanto que vigorosas formas de la vida humana, y entendidos en su génesis, en tanto que hábitos psicosociales paulatinamente constituidos durante nuestra Edad Media. Que los medievalistas discutan con lealtad las tesis de Castro acerca de la constitución histórica de España. Yo sólo sé que la descripción y la intelección castrianas del vivir hispánico me parecen tan brillantes como certeras, y que ellas y sólo ellas, con el sistema de creencias, prestigios e intereses que tan luminosamente revelan, me permiten entender cabalmente, mirando hacia el pasado, lo que de nuestra historia más me enorgullece, con la *Celestina*, Cervantes, Velázquez y Goya en la cima, y lo que en nuestra historia más me duele, el exceso de osadía bélica, tan frecuentemente realizado en forma de guerra civil, y la poquedad de osadía intelectual, con la escasez de ciencia como secuela; y mirando hacia el presente y el futuro, me hacen ver con claridad nueva el camino por el cual debe moverse, para ser de veras eficaz y prometedora, la reforma educativa de nuestros hábitos sociales. Porque, pese a la enorme distancia cualitativa que separa a la actual sociedad española del siglo XVII, algo de los hábitos intelectuales y estimativos de ella pervive entre nosotros. Dramáticamente lo demostró hace bien poco el hecho de nuestra última guerra civil, y pintorescamente lo revelan tantos rasgos de nuestra más cotidiana vida social. ¿Recordáis al hidalgo toledano que Azorín pintó; aquel que paseba por la ciudad con la biznaga en la boca, para sugerir que había sido pollo y no gachas la materia de su almuerzo? Acaso me equivoque; pero cuando las vísperas de fiesta veo cómo nuestra mesocracia está gastando en coche y gasolina lo que dejó de gastar en proteínas y calo-

rías, no puedo evitar que la imagen del hidalgo azoriniano surja en mis adentros. O cuando contemplo cómo la entrega al pequeño placer de ir viviendo y a la sed de lucro y renombre tantas veces anulan la promesa de una acaso muy lucida carrera científica.

¿Cómo lograr que el pueblo español, sin mengua de su fidelidad a lo mejor de su historia, viva eficazmente en el nivel histórico que el tiempo en que hoy vivimos establece y exige? «Si algún día viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes —escribía Ortega en 1914—, bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despetáramos a nuestra vida». Pienso que cuando fue impreso este precioso texto, un puñado de españoles egregios —Giner de los Rios, Cajal, el segundo Menéndez Pelayo, Hinojosa, Menéndez Pidal, Asín Palacios— ya había comenzado a cumplir, en lo tocante a su oficio, la consigna que Ortega proponía a todos los españoles; creo, por otra parte, que la generación intelectual que ese año levantaba su vuelo —la del propio Ortega, la de Castro— y las que contra viento y marea han surgido luego, hasta hoy mismo, en el azaroso correr de nuestra historia, han sabido moverse de una u otra manera dentro del «perfil del estilo de Cervantes»; y tengo por cierto que nadie se ha desvivido con tanta lucidez y tanta penetración como Castro por mostrarnos el trazado de ese perfil. Pienso, en suma, que nuestro mejor homenaje a este egregio español debe consistir en diseñar con claridad y con rigor, a la luz de lo que él enseñó e hizo, las líneas de nuestra respuesta a la interrogación precedente.

Se trata, quiero repetirlo, de vivir eficazmente en el nivel histórico de este cabo del siglo XX, siendo honradamente fieles a lo mejor de nuestra historia. ¿Qué han hecho para lograrlo, desde Giner de los Ríos, Cajal y el segundo Menéndez Pelayo, los mejores y más idóneos representantes de la inteligencia española? Fundamental y coincidentemente, cinco cosas: aceptar y valorar sin reticencia y con amor todo lo que en nuestra historia ha sido valioso; degustar con emoción y complacencia las menudas gracias —esta canción, este decir, esta costumbre— que el vivir de nuestro pueblo ha ido configurando en su seno; revisar de manera tácita o expresa la historia de España para eludir todo lo que en ella sea incompatible con lo que en este siglo ha llegado a ser la vida europea; revisar asimismo la historia de Europa, para que eventos tan atroces como las dos guerras europeas de este siglo no hubieran podido existir o no puedan repetirse; construir una obra personal que tanto por su nivel histórico como por su calidad intelectual fuera homologable con las de aquellos que en Europa —hoy, en Europa y América— mejor cultivasen la respectiva disciplina. Cada uno a su modo, todos los españoles que he nombrado o a que he aludido actuaron según estas cinco líneas maestras. Américo Castro hizo algo más, porque algo añadió a su obra como filólogo e historiador de

nuestras letras: elaborar una interpretación de la historia de España capaz de dar pleno sentido, mirando por igual hacia el pasado y hacia el futuro, a lo que había hecho o estaba haciendo la pléyade de españoles a que él pertenecía.

Le conocí personalmente en su casa de Princeton, mediado el junio de 1957. Su pasión por lo mejor de nuestra historia y por su interpretación de toda nuestra historia se hallaban en su cénit. Pero no era menos vivo su entusiasmo por lo que estaban haciendo en Norteamérica el español Severo Ochoa y el español Francisco Grande, y por lo que antes había hecho en España el españolazo Santiago Ramón y Cajal. De labios de Américo Castro oí —con qué regusto la repetía— la tan hispánica respuesta de Cajal a alguien que ponderaba la importancia de su obra: «Cuando un aragonés se decide a tener paciencia, que le echen alemanes.» Una luminosa interpretación de nuestro pasado y una ávida imaginación de nuestro futuro ocupaban entonces casi toda su alma.

No creo que disgustase a don Américo saber que en la celebración de su centenario se le adjudicaba una contrafactura de la estupenda españolada de Pizarro en la isla del Gallo. Todos la recordais. El conquistador traza en el suelo con la espada una raya de Este a Oeste y dice a los hombres de su maltrecha hueste, señalando sucesivamente el Norte y el Sur: «Por aquí se va al descanso, a Panamá, pero a ser pobres. Por aquí, a las penalidades, al Perú, pero a ser ricos. Escoged.» Con su interpretación de nuestra historia y en representación de la tradición española a que pertencía, Castro separa dos contrapuestas actitudes ante nuestro futuro, la rutinaria y la exigente, y nos dice: «Por aquí se va a vegetar con servidumbre. Por aquí, a vivir con plenitud. Elija cada cual el camino que considere preferible.» Así le veo y así le oigo yo.